



manuel de terán, geógrafo

1904 - 1984

## Las formas del relieve terrestre y su lenguaje

MANUEL DE TERÁN

Este texto vio la luz por vez primera en *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*. Discurso pronunciado el 20 de noviembre de 1977, en su recepción pública por el Excmo. Sr. Don Manuel de Terán y contestación del Excmo. Sr. Don Julián Marías, Madrid, Real Academia Española, 1977.

### INTRODUCCIÓN

*..che la Terra é una stella*  
Leonardo Da Vinci

*Vivimos sobre la piel de una estrella apagada. Así se podría expresar el gozoso sentimiento de Nicolás de Cusa cuando, al mediar el siglo XV, llegó a la convicción de la unidad de la materia, de la que existe entre todos los cuerpos celestes, de la que existe entre el mundo sideral y el sublunar; entre el mundo de las estrellas fijas e incorruptibles y el mundo de los astros que de ellas dependen y están sujetos a mutación. Aproximadamente dos siglos después, Descartes, en sus Principia philosophiae (1644) con mayor rotundidad afirmaba la misma idea que, en su caso contaba además con el argumento de las descubiertas manchas solares, que le hicieron concebir que el sol, como todas las estrellas, ha tenido una historia, que la tierra es una estrella enfriada y que los cielos, añade R. Lenoble, como ya lo había entrevisto Bruno, «son una yuxtaposición de astros equivalentes, que siguen todas las mismas leyes». La tierra desde entonces podía ser comprendida, sentida y estudiada de la misma manera que se había hecho con el Universo celeste. El conocimiento de la tierra descendía hasta ella desde los cielos y la Sphærica de Pitágoras abría el camino de la Geografía. En consecuencia, las primeras palabras que se introducen en el vocabulario*



1904 - 1984

*geográfico son una traslación de términos y conceptos de la esfera celeste, elaborados y conocidos ya en la antigüedad clásica, a la terráquea.*

*Son las de ecuador (Lat. aequator); meridiano (Lat. medius, dies); trópico (Gr. τροπικος, de τροπος, vuelta); equinoccio (Lat. aequus, nox); solsticio (Lat. sol, sistere); latitud (Lat. latitudo) y longitud (Lat. longitudo), términos empleados en la Geografía de Claudio Tolomeo, quien al dividir la circunferencia en 360 partes, dio a cada una de ellas el nombre de climax (lat. gradus). Y así fue también con otras muchas palabras, como la de ártico, antártico, eje, polo, hemisferio y la designación de los distintos puntos cardinales. Era el vocabulario correspondiente a una ciencia que se inscribe en el espacio mental del sistema sideral de Aristóteles y Tolomeo y que en forma parcial habría de llegar hasta el siglo XVIII. Pero ya antes habla tenido lugar la revolución introducida en este espacio por Nicolás de Cusa y con mayor amplitud y fuerza aseverativa por Descartes, de lo cual resultó que la tierra es una estrella apagada y que las rugosidades de su piel, como ya en 1688 había afirmado Pierre Perrault, comparadas con la magnitud del radio terrestre sólo significan una minutísima fracción, comparable a lo que en la piel de una naranja pueden representar las rugosidades y poros que superficialmente alteran su uniformidad. Pero éste es el tema propio de la geografía, que no es el de los espacios siderales, ni siquiera el del globo terrestre entero alcanzando sus entrañas, sino el de su leve y superficial epidermis, en la cual concurren y entablan diálogo los cuatro clásicos elementos: la tierra, como elemento y no como planeta, el agua, el aire y el fuego, y sobre los cuales y como resultado de su conjunción y entendimiento, a las tres envolturas constituidas por la litosfera, la hidrosfera y la atmósfera, se superpone como resultante la biosfera, y aún sobre ella la noosfera, la esfera de la conciencia y el pensamiento, siguiendo la cosmología filosófica del padre Teilhard de Chardin.*



1904 - 1984

## I

### De montium admiratione

Tanto como admirada la montaña ha sido temida, más que amada. Existe de ello una tradición, que procedente de remotos orígenes ha perdurado en la creencia popular hasta nuestros días. La montaña durante mucho tiempo ha pertenecido al dominio del *mythos* y no al del *logos*, poblada unas veces de genios amables, hadas, elfos, gnomos; otras de genios malignos, monstruos, dragones, grifos, guardadores a veces de recónditos tesoros. Es que la montaña por sus formas y alturas, a veces imponentes y casi inaccesibles, ha inspirado, dentro del sentimiento general de la naturaleza, reacciones muy diferentes de las apacibles y confortadoras que pueden producir el valle, el collado, la colina, o la llanura.

En unas bellas páginas dedicadas por Américo Castro a las «actitudes frente al paisaje», dice que «el tema de la observación y representación del paisaje ha permanecido estacionario durante milenios, en todo caso, con variaciones de escasa trascendencia». Los griegos admiraron la grandeza de la montaña, pero hicieron de ella la morada de los dioses. Los romanos prefirieron la llanura y las formas de relieve más fácilmente alcanzadas por el hombre, dejando fuera de su visión y sensibilidad aquellas otras que no convenían a sus pragmáticos intereses.

La actitud ante la montaña empieza a cambiar con los humanistas del Renacimiento, quienes a pesar de su devoción por los textos e ideas heredados de la antigüedad clásica, comienzan a ponerse en contacto con la naturaleza y a experimentar ante ella reacciones estéticas y sentimentales, que en este, como en tantos aspectos, presagian la sensibilidad de los tiempos modernos.

Si Petrarca se halla en el filo o divisoria de estas dos vertientes de sensibilidad, y su cita es obligada y sobre su consideración hemos de detenernos, la nueva sensibilidad aparece ya lograda y madura en la obra de uno de los mayores



humanistas y naturalistas del Renacimiento. Se trata de Conrado Gesner, en cuyas obras de naturalista y en otros escritos y pasajes de su vida se nos aparece manifiesta su vocación por el goce y el conocimiento de la montaña, pues en Gesner se aúnan el goce estético producido por el bosque, la roca o el brillo y la belleza de una flor alpina con la alegría que le produce el conocer las razones de su presencia e incluso de su colorido.

Pero para nuestro objeto las páginas de Gesner cuyo recuerdo nos interesa ahora evocar son las de la *Epistola ad Jacobum Avienum de Montium Admiracione*. La epístola aparece publicada en Zürich en 1543, aunque su fecha es de 1541. Va dirigida a su amigo Vogel (Avienus) de Glarus e incluida dentro del tratado que lleva el título de *Libellus de Lacte et Operibus Lactariis*. En ella, expresando su admiración, dice que él, en los años que Dios le conceda de vida «ascenderá a varias montañas, o por lo menos a una cada año, en la estación en que la vegetación se encuentra en floración, en parte por el propósito de examinarlas y en parte por el buen ejercicio del cuerpo y para delicia de la mente». No puede encontrarse más claramente expresado el sentimiento estético del conocimiento.

Doce años más tarde y siguiendo dentro del mismo pensamiento, Gesner publicaba su *Descriptio Montis Fracti sive Montis Pilati*. Pero ya para entonces Gesner, según él mismo dice, había subido a otras cimas más altas y estaba coleccionando materiales para un libro más amplio sobre los Alpes. Era por los mismos tiempos en los que el Emperador Maximiliano, mientras que C. Gesner estudiaba y herborizaba, deportivamente andaba por los Alpes Orientales dedicado a la caza del gamo.

Pero naturalmente, las escaladas de Gesner tuvieron sus precedentes. Entre ellos, el que generalmente se menciona, considerándolo como la primera vez que un hombre subió a una montaña para gozar del espectáculo de lo que desde ella se pudiera divisar, fue, según el famoso y divulgado texto de Jacob Burckhardt, la subida de Petrarca al monte Ventoux. Burckhardt dedica todo un capítulo de su obra al «Descubrimiento de la belleza del paisaje». Entre los antiguos no pasó éste



de ser un «género limitado» aunque Homero refleja ya en su obra la impresión de la naturaleza en el hombre. Pero volviendo a Burckhardt, quien nos dice cómo la naturaleza de Petrarca había quedado depurada y libre de toda influencia diabólica por la espiritualidad de San Francisco de Asís, nos recuerda antes de su cita, a Dante, que escala «altos montes con el solo designio de gozar de un vasto panorama. Acaso desde la antigüedad, sea el primero en hacerlo». Se refiere con esto a la escalada hecha por Dante, y referida en el Purgatorio, al Bismantova, en la comarca de Reggio. Sin embargo, y esto es lo que tópicamente se ha repetido, dice que Petrarca, «uno de los primeros hombres completamente modernos, atestigua de una manera total y con entera decisión la importancia del paisaje para el alma sensible». Pues Petrarca, que fue geógrafo y cartógrafo, parece que bosquejó el primer mapa de Italia, tuvo una visión de la naturaleza inspirada no en la literatura antigua, sino de una manera directa e inmediata.

Pero acudamos ahora al texto de Petrarca. Su famosa ascensión la describe en una carta escrita a Dionisio de Borgo en la cual habla de su deseo de visitar el monte Ventoso, el más alto de la región en que se encontraba. Es el monte Ventosum (mont Ventoux), en el ayuntamiento de Malaucène, cerca de Valchiusa, cuya altura se aproxima a los 2.000 metros. En la carta dice que su ascensión, entre otros motivos, le fue sugerida por la historia de Livio en el pasaje en que refiere cómo Filippo, rey de Macedonia, ascendió al monte Haemus, desde cuya cima creía que podría divisar los dos mares Adriático y Euxino.

Al describir su viaje cuenta cómo en un vallecillo un pastor viejo trató de disuadirle de continuar su aventura. De la carta a su amigo Dioniso de Borgo, no parece deducirse que Petrarca ascendiera hasta la propia cima del monte Ventoux, sino que anduvo en torno a la misma. Pero lo que aquí nos interesa, en este momento, es la lectura que entonces nos dijo hubo de hacer del libro de *Las Confesiones* de San Agustín, que según su propio testimonio siempre llevaba consigo.



El pasaje, entre otros, del libro, leído y citado por Petrarca, en su original versión latina, es el que a continuación traducimos:

«Y salen los hombre a admirar la altura de los montes, y el oleaje proceloso de la mar, y el fácil y copioso curso de los ríos, y el ámbito del Océano, y las revoluciones y giros de los astros, y no ponen atención en sí mismos».

En la ascensión de Petrarca se ha visto desde Burckhardt la personificación del primer hombre que alcanzó la cumbre de una montaña con el objeto, exento de todo otro motivo, de contemplar el espectáculo que desde ella se ofrecía. Forma parte del esquema ideológico de Burckhardt el caracterizar la cultura del Renacimiento italiano por tres grandes descubrimientos: el de la Antigüedad clásica, el de la naturaleza y el del yo personal.

Otros autores, basándose en la lectura y las reflexiones que la página de San Agustín le sugiere a Petrarca, consideran a este como el hombre a caballo en la divisoria de la Edad Media Cristiana y los Tiempos modernos. Pero nosotros creemos, que en realidad, lo que Petrarca hizo al ascender, si llegó a ascender, a la cumbre del monte Ventoux, fue el descubrimiento del tercero de los términos del esquema de Burckhardt: el de la intimidad del yo personal.

Después de su comentario de Petrarca, Burckhardt menciona a Fazio degli Uberti, quien en su *Geografía Rimada*, en 1360, describe el panorama que aparece a su vista desde los montes de Auvèrnia. A continuación habla de la revelación del paisaje como imagen directa, tal como aparece en los maestros de la escuela flamenca, los hermanos van Eyck, y de Eneas Silvio, en sus viajes de exploración y descripción verdaderamente científicos de la Toscana y parte septentrional del Apenino.

Todos estos precedentes son fáciles de encontrar en la literatura dedicada a la historia de la montaña y especialmente de los Alpes, que según uno de sus cronistas pasa de mil títulos. Pero también es fácil imaginar que en la emigración de los pueblos y en expediciones militares como la de los *Diez mil* en Asia Menor y



la de Aníbal en su recorrido desde la Península Ibérica a la Itálica, hubieron de atravesar montañas muy altas. En uno de estos libros aparece la mención de Apolonio de Rodas que 300 años antes de Jesucristo habla de los Alpes y dice que en los flancos de estas montañas inaccesibles, tenebrosas y cubiertas de bosques oscuros y nieves eternas, barridas por las tempestades e inhospitalarias, habita Boreas, el Dios de los vientos del Norte, cuyo soplo helado se derrama para alcanzar el Universo entero.

Obligada es también la mención, entre estas escaladas, de la que el Rey Pedro III de Aragón hizo en 1280 al Canigó, en los Pirineos Orientales, y la que en 1492, el mismo año en que se hizo el descubrimiento de un mundo nuevo, se llevó a cabo por orden del Rey Carlos III de Francia al monte Aiguille, cuya altura supera los 2.000 metros.

Y obligatoria también es la mención de Leonardo da Vinci, que alcanzó el límite de las nieves perpetuas en una de las estribaciones meridionales del monte Rosa, que tal vez es el Mont-Boso, aproximadamente a 2.600 metros, del cual dice que es una cima tan «alta que se levanta casi por encima de las nubes y la nieve cae raramente». Los Alpes, pues, por la magnitud de su masa y alto coronamiento de nieves, fueron percibidos desde muy remota antigüedad, pues al testimonio de Apolonio de Rodas se debe añadir el de Virgilio, quien no tuvo la percepción unitaria del Apenino, montaña de formas macizas y poco abarcables en una visión, pero que nacido en Mantua y conocedor del Valle del Po, pudo desde éste divisar las cimas nevadas de los Alpes, de las cuales hace mención en *Las Bucólicas* cuando habla de *Alpinas, ah dura nives* y cuando en *Las Geórgicas* canta los *aërias Alpes*.

Todos estos precedentes, sin embargo, se refieren a una visión a distancia de la montaña y no a la penetración en ella. Esto verdaderamente no ocurrió hasta los tiempos del Renacimiento, y después, esta penetración fue abandonada casi durante dos siglos. Nuevamente los dragones y los malos espíritus vuelven a apoderarse de la montaña. Baste recordar que en una obra, no de pura fantasía sino



de pretensiones e incluso realizaciones científicas, la titulada *Itinera Alpina*, editada en Zürich en 1723, un naturalista, Scheuchzer, dedica un estudio a los dragones de las montañas.

Sin embargo, en el mismo siglo XVIII, H. B. de Saussure, después de tres intentos, el 3 de agosto de 1787 coronaba su ascensión al Mont-Blanc, acompañado de un equipo de guías; pero Saussure, que era un hombre de ciencia, a la vez que un humanista, llevaba consigo junto con un ejemplar de las obras de Horacio, y esto es lo nuevo, un equipo de instrumentos científicos. Diez años después terminaba su obra *Voyages dans les Alpes* (1796), en la cual la belleza de las descripciones, la admiración emocional por la belleza y misterio de la montaña, se aunaban con el propósito y el esfuerzo intelectual por un saber científico de ellos. Con la edición de los cuatro volúmenes de su obra, algo nuevo ha hecho aparecer en el horizonte de lo que había hasta ahora sido pura admiración ante la grandeza y hermosura de la montaña.

Pero no hay que olvidar que durante el siglo XVII se había producido un acontecimiento científico que tendría después un gran valor para el estudio de la montaña: fue la invención en 1643 por Torricelli del barómetro. Fue el uso del barómetro el que, en 1648, permitió a Pascal realizar bajo su dirección las mediciones de altura en la falda y en la cima del Puy de Dôme, que tanta importancia iban a tener en la historia de otras futuras mediciones de las alturas montañosas.

Tampoco hay que olvidar que sin barómetro, ya el naturalista e historiador español, el jesuita Padre Acosta, había tenido conciencia de los efectos que la altitud tiene sobre la disminución correlativa con ella de la temperatura y de la presión atmosférica. Pues una de las figuras más importantes de la geografía francesa contemporánea afirma, refiriéndose al P. Acosta que «ya en 1590 dio una descripción metódica de las perturbaciones causadas por la altitud y presente las causas». Es cuando dice que la tierra baja, situada en la costa, es generalmente



cálida y húmeda, por lo cual no es tan sana y está menos poblada; pero la mayor parte de la costa es la que mantiene el comercio de España por mar y en ella están las ciudades, como las de Lima y Trujillo en el Perú, Panamá y Cartagena en Tierra firme, Santo Domingo y Puerto Rico y La Habana en las Islas. Existe una «segunda manera de tierra», que «es por otro extremo muy alta, y por el consiguiente fría y seca, como lo son las sierras comúnmente», la cual es sana y muy habitada, por su riqueza de ganado y de minas. Y después añade «Entre estos dos extremos hay la tierra de mediana altura, que aunque una más o menos que otra, no llegan ni al calor de la costa ni al destemple de pura sierra». Es la distinción entre tierras cálidas, templadas y frías que ha perdurado en toda la geografía hasta nuestros días.

Pero de otra parte continuó el sentimiento puramente estético de admiración, que en el siglo XIX alcanza una de sus más altas cumbres en la literatura y filosofía de John Ruskin, en los cinco libros que dedicó al estudio de la pintura moderna.

Las montañas son para John Ruskin «el comienzo y fin de todos los paisajes»: cuanto más se acentúa el carácter montañoso de un país, para él, más se acrece su belleza absoluta. «Lo que queda del paraíso perdido se expresa en las pendientes revestidas de praderas floridas, vergeles y campos de trigos, todo ello dominado por rocas y nieves eternas».

Como elementos de su admiración figura primero la riqueza del color: púrpura, violeta, azul de ultramar; espacios de púrpura y un violeta puro, azules de una maravillosa delicadeza cuando pasan las nubes ligeras; sobre las cimas más altas tonos azulados y de púrpura que pasan a un rosa, cuya finura ninguna paleta podría expresar y el azul del cielo se hace más puro y profundo que en la llanura. «Hasta cierto punto se podría afirmar que el hombre que no ha visto nunca el extraordinario color rosa de los primeros rayos del alba, cuando a diez o quince millas visten las montañas azules, ignora lo que puede ser la finura de los colores.



1904 - 1984

Sabe de la claridad de un bello cielo, del brillo de una flor, pero no tienen ninguna idea del matiz púrpuro invadiendo una montaña lejana».

Pero hay además la belleza del agua, la transparencia luminosa de los lagos alpinos y la de los árboles y la vegetación. Más aún, pues hay que añadir la belleza de las nubes que en la montaña alcanzan una extraordinaria diversidad. «Qué decir», añade J. Ruskin, «de la estética de las nubes».

Formas cuya perfección sorprende, estructuras inesperadas, aspectos que cambian continuamente. «Las montañas han sido creadas como escuelas y catedrales; para los sabios son preciosos manuscritos, de enseñanzas simples e instructivas; para los excursionistas, simple atención; claustros silenciosos para los filósofos y los pensadores; para los adoradores sinceros y de corazón puro, santuarios luminosos».

La obra de Ruskin tuvo una gran influencia como estímulo vivificador de la admiración de la montaña, al mismo tiempo que contribuyó a su descubrimiento y exploración, especialmente en Inglaterra, influencia que alcanzó también al continente. La Gran Bretaña no es un país de altas montañas ya que la culminación mayor de la isla, el Ben Nevis, no llega a la altitud de 1500 metros. Pero no hay que olvidar que Inglaterra ha sido creadora del deporte, asociado a la aventura. En este ambiente de admiración, aventura y deporte se movió Whymper, que tan alto valor y significación tuvo en la historia del alpinismo. Dentro de este mismo ambiente y clima se encuentra la fundación en Londres en 1857 del primer Club Alpino y en 1863 el comienzo de la publicación de la revista *Alpine Journal*.

Junto al alpinismo romántico y heroico, se va desarrollando el alpinismo científico, el deportivo e incluso el que pudiéramos llamar acrobático, que tiene su más estimulante expresión en lo que se ha llamado para las cimas de más peligrosa escalada la conquista de la cara norte, generalmente la más arriesgada por el espesor que en ella alcanzan los hielos. Con frecuencia lo heroico, lo deportivo y la



medición metódica de alturas y otros fenómenos van asociados, siendo la propugnadora de esta tendencia la llamada escuela de Munich.

El alpinismo romántico y heroico ha pervivido en nuestro siglo y de ahí la titulación frecuente en los libros dedicados a esta especialidad de *Montaña heroica*, *Conquista de la montaña*, *Epopéya alpina*, etc. Muy expresivo de esta inspiración es el título *Révélacion de la Montagne*, que lleva la traducción francesa del libro de Julio Kugy, *Aus dem Leben eines Bergsteigers*. Julio Kugy (1858-1944), nacido austriaco, en Trieste, y muerto en Italia, es verdaderamente una figura muy representativa, incluso por la fusión que en su sensibilidad se hizo de la montaña y de la música. *Arbeit, Musik, Berger!* (1931) es el título de una de sus obras y suyas son estas palabras: «El término de deporte alpestre me ha caído siempre un poco mal. Me parece demasiado superficial, porque lo que se debe buscar en la montaña no es una sala de gimnasia, sino su alma». Y también estas otras: «porque para mí, el alpinismo es un asunto de corazón».

Un sociólogo americano, Pitirim A. Sorokin, haciendo aplicación de los métodos del análisis cuantitativo al estudio de la representación del paisaje, con referencia especial al de Europa Occidental, ha calculado la proporción que a este ha sido dedicada en las artes plásticas o en la literatura en distintos países europeos. Para ello parte como base de la teoría de Víctor de Laprade y de su idea de que la mentalidad de una cultura se refleja mejor en el arte que en la ciencia, pues la poesía y el arte tienen sobre ésta la ventaja de que ellas nos ponen en relación «con la intimidad del hombre a través de las edades». En este pensamiento se apoyó A. Dauzat, en su ya clásica obra *Le sentiment de la nature et son expresion artistique*, en donde afirma que «históricamente el sentimiento de la naturaleza es posterior al sentimiento artístico, cuyas formas rudimentarias encontramos entre los hombres de las cavernas». También Laprade había dicho que, a pesar de la creencia de que la ciencia y la industria han asegurado el dominio del hombre sobre la naturaleza, en ninguna otra época el espíritu humano ha sufrido la dominación del mundo



externo como en nuestros tiempos y que la tiranía de las cosas materiales sobre las espirituales crece con el progreso de la ciencia y de la técnica.

Este tema, nos recuerda Sorokin, ha sido tratado con mayor documentación por varios especialistas franceses de *L'Ecole d'Art* en una obra colectiva que lleva el título de *Histoire du paysage en France*. Las conclusiones a que llegan sus autores es que hasta el siglo XV no existe el paisaje como tal y que el paisaje real no existió en el arte oriental ni el arte antiguo. En el siglo XV aparece la representación de un paisaje real; en el XVI se produce un decrecimiento por lo menos cuantitativo; en el XVII acaba por ser abandonado bajo la influencia del arte académico; en el siglo XVIII, especialmente alrededor de los años de 1730 a 1740, el paisaje pastoril, idílico y romántico, rusioniano, toma un desarrollo sorprendente, lo que ha hecho decir que el paisaje es una creación de aquel siglo. Pero, en los tiempos de la Revolución y del Imperio, el paisaje sufre un retroceso, hasta que se produce hacia 1830 la explosión del Romanticismo, y después de un paréntesis recesivo, con el naturalismo y el impresionismo, el paisaje alcanza su mayor desarrollo cualitativo y cuantitativo en los siglos XIX y XX. Este esquema es valedero para casi todos los países de Europa Occidental con la excepción de Flandes. Lo que hasta entonces había existido era el paisaje simbólico, pero no lo que Sorokin llama el paisaje visual. Pero entrando en lo que constituye la aportación más original de su trabajo, en el estudio de las frecuencias con las cuales el paisaje y sus diversos temas han encontrado expresión en el arte occidental, y seleccionando con referencia al objeto que tratamos, el de la montaña, nos encontramos con que en los gráficos en que aparece representada la fluctuación de los temas de arte en toda Europa, mientras que la representación de animales y naturaleza muerta decae hasta nuestro siglo, la pintura de género sigue una curva ascendente, sólo seguida por la del paisaje, y que la del retrato, después de su culminación antes de 1800 tiende a decaer. Y dentro de los temas del paisaje, con excepción de Holanda y después de Inglaterra en donde la preferencia es dada al mar, la montaña sigue una curva ascendente en Italia, Francia, España y Europa Central hasta el año 1900, a partir del cual empieza



a ceder su primacía a la marina. Lo que hay en la exploración cuantitativa de Sorokin y en su significación psicológica y cultural, como reacción contra la exaltación romántica del sentimiento de la montaña, en nombre, no de un neoclasicismo, sino simplemente de la moderación, lo expresó ya Ortega en 1929 en su ensayo *El alpe y la sierra*. Situado en Cauterets, el que fue un día «lugar de veraneo romántico», Ortega dice: el de Cauterets es un paisaje que «no nos va», «es un paisaje vertical en un valle angostísimo» en el cual es necesario levantar «por completo la cabeza» para contemplar «una ladera que asciende casi perpendicularmente», y que termina en unas «calvas rocas o neveros». Un lugar en «donde mirar» es «una virtual emigración al firmamento», «una ascensión». «Decididamente», dice, «este es un paisaje sublime, y lo sublime es una de las cosas más extemporáneas». Pero en cambio esta sublimidad era lo que atraía al hombre del Romanticismo, el cual «buscaba en la vida la embriaguez». «Sólo se encontraba a gusto cuando perdía la serenidad». Por todo lo cual, Ortega, frente al alpe, declara su preferencia por la moderación de la montaña, cuyas excelencias proclama en los siguientes pasajes:

«El alpe y la sierra son dos estilos de montaña que responden a dos estilos de sensibilidad. El alpe lo fía todo a su masa gigante. No hay manera de verlo de una sola mirada, porque su mole excede siempre nuestro campo visual, inunda nuestro horizonte, y es menester zurcir vista tras vista para hacerse vagamente cargo de su forma. Por el contrario, las moderadas dimensiones de la sierra le permiten instalarse holgadamente en nuestro horizonte, dibujar claro sobre el cielo su perfil, gracioso y expresivo como un gesto, como un rostro viviente. La sierra es una escultura luminosa ante nosotros. No anula la llanura; antes bien, la subraya naciendo de ella, conviviendo con ella en perenne diálogo plástico, hasta el punto de que la sierra supone siempre una llanura que se ve desde su falda y su cima, como, viceversa, íntegra la sierra se ve desde la planicie. Mas el alpe se niega toscamente a formar paisaje con el llano, lo excluye con agrias maneras, quiere ser sólo él».



Una vez más, como en otros lugares, circunstancias y referencias, Ortega pone las cosas en su sitio y nos deja en estas páginas una lección, que de la estética trasciende a la moral, de sobria y elegante medida.

## II

### **De nominatione montium**

Entre los diez nombres escogidos por fray Luis de León como aquellos que con mayor frecuencia se dan en las Escrituras a Cristo, figura el de Monte. Pero, en el libro de fray Luis, los tres jóvenes en los que se proyectan el espíritu y la personalidad del autor, reunidos en una huerta grande y bien poblada de árboles en la ribera del Tormes, antes de empezar su comentario y disertación, se preguntan por la significación de la palabra «nombre» y su oficio. «Tratemos, dice uno de ellos, qué cosa es esto que llamamos nombre y qué oficio tiene y por qué fin se introdujo, y en qué manera se suele poner...».

«El nombre —se dice en este primer coloquio—, si habemos de decirlo en pocas palabras, es una palabra breve, que se sustituye por aquello de quien se dice, y se toma por ello mismo. O nombre es aquello mismo que se nombra, no en el ser real y verdadero que ello tiene, sino en el ser que le da nuestra boca y entendimiento». Siguen los tres amigos su coloquio y uno de ellos vuelve a decir que existen «dos maneras o dos diferencias de nombres: unos que están en el alma y otros que suenan en la boca. Los primeros son: el ser que tienen las cosas en el entendimiento del que las entiende; y los otros, el ser que tienen en la boca del que como las entiende las declara y saca a la luz con palabras. Entre los cuales hay esta conformidad, que los unos y los otros son imágenes, y como ya digo muchas veces, sustitutos de aquellos cuyos nombres son».



Como toda ciencia o conocimiento que aspire a la calidad y categoría de un saber científico, la geomorfología o tratamiento de las formas de relieve terrestre necesita para ser considerada como tal de la delimitación de un objeto propio, de un método y de un vocabulario. Precisamente los progresos de la ciencia a que nos referimos, y volvemos a repetir, como los de toda ciencia, van solidariamente unidos al enriquecimiento, precisión y finura de matices de su expresión literaria o cartográfica.

Ello se ha logrado en un lento y laborioso proceso. El vocabulario de la geomorfología comienza como derivado de expresiones populares, las cuales unas van siendo adoptadas por los geógrafos, dotándolas de un significación más precisa y unívoca y otras, ya en nuestros tiempos, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, son creaciones nuevas.

Para nuestro objeto comenzaremos por distinguir entre formas mayores y menores o accidentes de detalle. Precisa también la distinción entre nombres propios, es decir, aquellos que evocan la forma concreta e individualizada, y nombres genéricos en los cuales las formas, por su analogía, se reúnen en familias, géneros o especies, como se hace en la botánica y otros dominios de las ciencias naturales.

En el origen de los nombres propios hay también una larga historia de aproximaciones, derivadas de la incapacidad de abarcar en unidad y conjunto una serie de accidentes montañosos conexiónados y la tendencia a nombrar, como conocidos, los más concretos e inmediatos. Percibidas como unidad, a distancia, las montañas son en el lenguaje popular con gran frecuencia nombradas por su color, percibidas como una sola pincelada en el horizonte, que sólo con gran finura de visión puede ser diferenciada y matizada. De aquí la frecuencia con que las montañas son nombradas por su coloración. Son las montañas y picos azules cuando las contemplamos a distancia y velados por la bruma sus formas y colores. Frecuentes también son las denominaciones de las montañas como blancas, nevadas, o incluso como montañas de la luna. Recordemos tan sólo el Mont-Blanc,



máxima altitud de los Alpes y nuestra Sierra Nevada, que como nos recuerda Asín Palacios es traducción fiel del nombre con que la citan los geógrafos árabes (Yabal al-taly, «Sierra de la Nieve»), y que los españoles introdujeron en el continente americano, sirviendo incluso para bautizar uno de los Estados Unidos de América del Norte. Hay también montañas verdes, como en este mismo país las de Vermont. Hay montañas negras. Pueden serlo por la coloración que les presta una determinada vegetación, como la Schwarzwald alemana, o debido a la tonalidad cromática del roquedo de que están hechas, o por ambas causas a la vez. Esto sucede en la región Mediterránea, en donde, en el cingulo montañoso que en la mayor parte de su extensión respalda este mar, la caliza, blanca, gris, dorada, es el material rocoso dominante; pero pinzados en los pliegues calcáreos, y elevados en su plegamiento, aparecen isleos de macizos antiguos, contra los cuales se ejerció la presión dislocadora de los plegamientos alpinos, que entre las calizas destacan por su color oscuro. Son los que dan lugar a los topónimos montañosos de Montnegre entre nosotros y al de Chernagora en la península balcánica. Otras circunstancias pueden servir para nombrar las montañas, así cuando las nubes adheridas a una cumbre toman la apariencia de una humareda; como las grandes avalanchas que en los Andes han sido motivo para dar a uno de sus picos el nombre de Tronador y en el Brasil el de Roncador a una sierra por el ronquido que en ella produce el soplo de los vientos. Otras veces son nombres tomados de los pueblos y razas que la montaña poblaron; y ya en tiempo contemporáneo, nombres con los que se bautizó la montaña hicieron honor a su descubridor o como dedicación al rey, reina o jefe del Estado de que aquél era súbdito.

El cambio de nombres, tan frecuente como acompañamiento de otro tipo político, no sólo ha afectado a calles, paseos, plazas y ciudades, sino a algunos grandes accidentes geográficos. Valga como ejemplo el de la U.R.S.S., en donde dos grandes cimas del Cáucaso fueron desposeídas de sus nombres tradicionales y rebautizadas con los de las dos grandes figuras que encabezaron la revolución, habiendo sido uno de ellos borrado de los mapas en el proceso desestalinizador en el que se



vieron implicadas igualmente algunas ciudades de la U.R.S.S. y de otros países socialistas.

### **Monte, montaña, sierra, cordillera, meseta**

Son las formas de relieve mayores. Todas ellas parten en común de la noción de altura o altitud con respecto al nivel del mar o al de un nivel terrestre, a su vez elevado con respecto a aquél, con lo cual habrá que distinguir por consiguiente entre altitud absoluta y relativa. Estos no siempre son términos de precisa significación. Los de monte y montaña es frecuente que sean empleados como sinónimos, como común es su derivación etimológica; pero ya en los escritos latinos se distingue también entre la montaña aislada o *mons* y *montanea* para designar un conjunto montañoso. En tiempos posteriores se produce la confusión entre los dos términos, pero con tendencia a reservar la palabra *monte* para figuras de relieve aisladas, y para un conjunto montañoso el de montaña o el de montes, empleando entonces el plural. Montes Pirineos se dirá frecuentemente, hasta nuestros días, para designar lo que con mayor precisión es una cordillera o sistema montañoso.

En cuanto a la palabra *montaña* tiene aún otra significación en el continente americano que también tuvo en España: la de una formación vegetal, como conserva entre nosotros, junto a la de forma de relieve, la palabra *monte*.

Efectivamente, en los Andes se distinguen tres grandes regiones geográficas y de relieve con denominaciones que se conservan especialmente en su sector central, en el de los Andes del Perú y Bolivia. Son las regiones del litoral, o de la costa, la de la sierra y la montañosa. En este caso, *montaña*, que es la vertiente amazónica de la rama oriental de los Andes, no tiene la acepción propiamente de matorral, monte bajo, ni siquiera la de monte alto, como pudo tener en España antes de que aquí



perdiera su significación vegetal y se efectuara su trasplante a América. La *montaña* en América del Sur, es la vertiente oriental de los Andes, en declive hacia la cuenca del Amazonas, y que con ésta participa de los caracteres del clima y vegetación propios de esta región, abierta a la penetración de los vientos alisios, y por consiguiente, dada la conjunción de calor y humedad, cubierta de vegetación tropical, por lo que *montaña* es el equivalente de selva. Hasta tal punto es esto cierto que el nombre de *montaña* se aplicó no sólo a la vertiente por la que la selva trepa, sino incluso a la parte de los llanos amazónicos que confinan con ella. Fray Buena ventura Uriarte, obispo de Perú (*La Montaña del Perú*, Lima, 1938) explica cómo a los llanos amazónicos se les nombró como *montaña*, probablemente «porque la cordillera da acceso a ello, y sobre todo por las quebradas abruptas y los ásperos contrafuertes que fueron lo primero que conocieron los primeros exploradores». A la diferencia existente en el sentido de la latitud entre Andes húmedos y Andes secos, corresponde la disimetría climática y vegetal, mucho más acusada, aunque también existente en los primeros, entre la vertiente occidental o del Pacífico y la vertiente oriental, pues en los Andes secos desde el grado 38 de latitud sur hasta el Ecuador, en términos aproximados, se deja sentir la influencia de la corriente fría de Humboldt que, al impedir la evaporación de las aguas marinas, además de influir en la temperatura de las aguas, determina, en la costa y baja vertiente de los Andes occidentales, la aparición de una zona árida.

Si la distinción entre *monte* y *montaña*, prescindiendo de una posible significación como formaciones vegetales y consideradas simplemente como formas de relieve, puede hacerse no sólo por su diferencia de altitud, sino por la extensión del espacio ocupado, entre las de *sierra* y *cordillera* se puede seguir en primer lugar un criterio semejante. La palabra *sierra* es muy antigua en la lengua española. Abundantes son los textos medievales que lo acreditan.

Más tardía es la palabra *cordillera*. El texto más antiguo que figura en el Diccionario de Autoridades es el de la *Historia* del padre Mariana (1601) y como definición se da en el mismo la de «una continuación de algunas montañas o cerros, que por



alguna distancia se siguen unas a otras en derechura». Pero con anterioridad, en la historia de Carlos V de fray Prudencio Sandoval se habla de «cordilleras de unos montoncillos que hay de Monviedro a Almanera».

Volviendo otra vez al testimonio de Fray Luis, con cuya referencia comenzamos este capítulo, al explicar por qué a Cristo se le da el nombre de Monte en la Escritura, lo justifica por razón de su elevación y de su eminencia sobre las otras criaturas de la tierra; porque el monte alto «en la cumbre se toca de nubes y la traspasa, y parece que llega hasta el cielo, y en las faldas cría viñas y mieses y da pastos saludables a los ganados», y después entre «montes que suben seguidos hasta lo alto, y en lo alto hacen una sola punta y redonda, y otros que hacen muchas puntas están compuestos de muchos cerros; y así Cristo no es monte como los primeros, eminente y excelente en una sola cosa, sino monte hecho de montes». «Montes de cerros». Estos montes son verdaderas sierras o cordilleras y clara queda la distinción entre éstas, como con junto montañoso, y el monte aislado.

Pero la palabra cordillera ya estaba en uso en el siglo XVI, siendo abundantes los textos que pueden aducirse. Entre los historiadores de Indias citemos el testimonio de Ercilla cuando habla de «la grande cordillera y alta sierra»; el del padre Bernabé Cobo cuando habla de «cordilleras nevadas»; el de Alonso de Herrera que hace referencia a «la cordillera que atraviesa la tierra de Nueva España» y con referencia a España el de Gabriel Alonso de Herrera en el pasaje en que nos dice que fue comisionado para «recorrer las cordilleras de Granada».

Con mucha frecuencia también emplea la palabra cordillera en su *Crónica del Perú* Pedro Cieza de León, quien en 1547 recorrió detenidamente este país y en 1553 hizo imprimir en Sevilla la primera parte de su obra. Con referencia a los Andes emplea unas veces, juntas o por separado, las palabras *cordillera* y *sierra*, pero otras veces dice *cordilleras de sierras*, con lo cual establece una relación jerárquica entre una y otra forma de relieve. Por lo que respecta a la vertiente oriental, la voz que



emplea es la de montaña, mientras que las palabras preferidas para los Andes son las de sierra, en singular o plural, y serranías.

La etimología de la palabra *cordillera* aparece clara en lengua castellana; deriva de *cuerda*, *cordel*, *cordal*. Etimología precisa y clara cuando se trata de un conjunto de montes o montañas enlazadas que siguen una misma dirección como si estuvieran trazadas a cordel. Con esta misma etimología emplearon los geógrafos franceses la palabra *cordillera* (*cordillère*), que en la geografía científica francesa fue sustituida por la de *chaîne*, que nosotros hemos traducido literalmente por cadena. Pero entre nosotros esta palabra no ha tenido mucha aceptación y las preferencias han sido dadas a la palabra *cordillera*, a veces a la de *sierra* y por último a la de *sistema*. Así se nombran y figuran en los mapas la *cordillera Pirenaica*, la *Cantábrica*, la *Ibérica*. Pero en el gran accidente tectónico que por el sur limita la meseta en descenso al valle del Guadalquivir la denominación de *Sierra Morena*, que data de antiguo, sustituida durante algún tiempo por la de *cordillera Mariánica*, ha vuelto a imponerse en los libros de geografía.

Más tardía es la aparición de la palabra *sistema* en el moderno vocabulario geográfico para designar las grandes cordilleras e incluso las que, como los Pirineos y los Alpes, tienen una conexión tectónica. La palabra *sistema* aparece ya empleada en nuestra geografía por Vilanova Piera en 1860, al decir: «Cuando varias cordilleras siguen una misma dirección media, toman el nombre de sistema». Macías Picavea, siendo catedrático de Geografía e Historia en 1895 en el Instituto de Valladolid, publicó un *Compendio didáctico y razonado de Geografía elemental* dedicado a sus alumnos de bachillerato, en el cual, en el capítulo de orografía, emplea para las grandes montañas españolas el nombre de *sistema*, distinguiendo los siguientes: el *Sistema Pirenaico*, el *Ibérico*, el *Sistema Central*, nombre, pues, que ya por entonces sustituye al de *cordillera Carpeto-Vetónica*, y los *sistemas Lusitano* y *Oriental*. El nombre de *cordillera Oretana* aparece también ya sustituido por el de *Montes de Toledo*, y en cuanto a las montañas andaluzas, a la denominación de *cordillera* prefiere, en sus diversos sectores, el de *sierra*,



diciendo que la llamada cordillera Penibética es la divisoria meridional del valle del Guadalquivir, constituida por el macizo de Sierra Nevada, las Sierras de Gádor, Contraviesa, Almirajara, Antequera, Tolox y Sierra Bermeja, con su terminación en los promontorios de Gibraltar y Tarifa.

Por lo que respecta a la palabra *sierra*, el Diccionario de Autoridades dice ser «cordillera de montes, o peñascos cortados, por lo que semeja a los dientes de la sierra». Es lo que había dicho Sebastián de Covarrubias en su «Tesoro de la lengua castellana o española» publicado en 1611. En él define *cordillera* como el «lomo que hace alguna tierra, seguido, igual, que parece ir a cordel»; de *selva* dice «que equivale a montaña»; de *serranía*, que es tierra montañosa, y de *sierra*, «tierra montañosa y desigual que con sus peñascos resquebrajados semeja a los dientes de la sierra instrumento». Aunque recoge también la opinión del padre Guadix que dice ser nombre árabe con la significación de desierto. Por su parte Corominas aduce como textos medievales los del Poema del Cid, de Gonzalo de Berceo y de Juan Ruiz, y afirma que se trata de una metáfora por comparación del aspecto dentado de las cordilleras y que es palabra muy extendida en el romance medieval, por lo que rechaza rotundamente la opinión, que califica de audaz, de Gröhler cuando la considera como una palabra prerromana. Pero lo cierto es que en el mismo *error audaz* de Gröhler han incurrido otros autores en Francia y en Italia. Las palabras: española *sierra*, italiana *serre*, portuguesa *serra*, francesa *serre*, afirma un gran geógrafo francés, H. Baulig, consideradas como derivadas del latín *serra* que significa sierra, según la opinión general, tanto en Italia como en España no designan solamente crestas dentadas, sino también montañas cuya parte culminante no presenta el aspecto de una sierra. Esta es también la opinión de Olinto Marinelli y por su parte C. Graso alega que en Sicilia la palabra *serra* en una montaña designa la cima de ésta, y que en los Abruzzos no solamente designa una montaña sino un cerro de forma alargada. Continuando su razonamiento, Baulig hace ver que la palabra *sierra* se aplica a relieves de formas muy diversas y que las formas más significativas son: «En italiano, *Serrapiana*; en francés, *Serre des Planes*,



*Serre-Plat* y *Serraplàa* (Bajos-Pirineos); y en fin en español, *Sierras Planas*, que en Asturias designan terrazas de erosión litoral». Después analiza otros topónimos compuestos con la palabra *serre* en los que la forma de sierra se halla completamente ausente, llegando a la conclusión de que la palabra *sierra* designa de una manera general a una montaña y especialmente una montaña alargada, lo mismo si su figura y su perfil es aserrado como si no lo es. «La etimología por el latín *serra*, dice, es por lo menos sospechosa». «Parece más bien probable que se trate de una de estas palabras muy antiguas anteriores a la romanización de nuestro país, que se han conservado en el vocabulario geográfico popular».

Por lo que respecta a la palabra *alpe* o *alpes*, aunque no existe rigurosa unanimidad y evidencia, la mayor parte de los que la emplean y sobre su significado han discutido, convienen en su sentido de alta pradera de montaña. A propósito de lo cual se podría recordar con Jules Guex, a la vez alpinista y filólogo, la idea, que él considera como un verdadero axioma, de que en la montaña «muy a menudo, los nombres suben». «La mayor parte de las cimas, añade, situadas por encima de la región de las praderas alpinas han recibido muy tarde, e incluso muy recientemente, su denominación». Interesante sería también establecer su relación, tal vez identificación, con la palabra «braña», tema sobre el que nos proponemos insistir en otra ocasión.

Volviendo a la Península Ibérica, si descendemos de las cordilleras y sierras, entre estas y las depresiones o grandes valles del Ebro, del Guadalquivir y la depresión Central Portuguesa, a las cuales hay que añadir una estrecha faja de llanuras litorales, existe un peldaño intermedio, la *Meseta*, que es uno de los rasgos configurativos más originales de la geografía peninsular, con significación que trasciende del ámbito puramente geológico y geográfico-físico y alcanza al de la geografía humana, en el cual, incurriendo a veces en relaciones deterministas, se han buscado explicaciones de nuestra historia, cultura e incluso de nuestros rasgos etnográficos y temperamentales.



Curiosa y llena de interés es la aventura semántica de esta palabra, *meseta*, que empleada para designar formas de relieve menores, acaba por dar su nombre a una de las piezas mayores de la geografía peninsular, y uno de sus elementos geográfico-geológicos más originales, sin analogía en los restantes países europeos. Un elemento, en nuestra geografía física, extraeuropeo, cuyas analogías hay que buscar en los continentes africano, asiático y americano. La palabra *meseta*, en efecto, hace su aparición como derivada en diminutivo de la palabra *mesa*, aplicada al piso horizontal en que remata un tramo de escalera, y por extensión a un terreno elevado y llano rodeado de valles o barrancos, así como a la cima truncada de una montaña. En el *Diccionario de voces españolas geográficas*, que debió de escribirse a principios del siglo XIX, después de definir *mesa* como: «La llanura de tierra que a sus costados tiene bajadas, valles, o barrancos profundos, como la Meseta de Ocaña» y la Mesa de Asta cerca de Jerez, se dice que *meseta* es diminutivo de *mesa*, que como ella es llanura de tierra circundada de valles o barrancos profundos, y como ejemplo cita el de la Meseta de Orán. Del mismo modo Pedro Cieza de León, a mediados del siglo XVI, en su citada *Crónica del Perú*, que es uno de los testimonios más antiguos que acerca del uso de la palabra *meseta* pueden encontrarse, al hablar de la ciudad de Popayán, actualmente en la parte meridional de Colombia, dice que: «El sitio de la ciudad está en una meseta alta, en muy buen asiento, el más sano y de mejor temple que hay en toda la gobernación de Popayán y aún en la mayor parte del Perú». Pero la meseta de Popayán es un ensanchamiento de la rama occidental de los Andes, con lo cual el testimonio de Cieza viene a confirmar la idea del empleo con significado de diminutivo de la palabra, pues no lo emplea para grandes y altas extensiones llanas de los Andes.

Con referencia a la Península Ibérica y a la gran Meseta Central Española, hay que distinguir entre su descubrimiento como hecho geográfico, de importancia tan grande en la configuración peninsular, y el de su nominación, pues si tardío ha sido el primero, más lo ha sido la segunda. En cuanto a su descubrimiento, no hay dudas acerca de su atribución al gran geógrafo Alejandro de Humboldt. Fue con



motivo de su primera visita a España, en una etapa que él pensaba sería la iniciación de un viaje a Egipto y países orientales y que, cambiando totalmente de rumbo, se convirtió en un viaje a la América Española. Humboldt entró en España acompañado del botánico francés Bonpland por los Pirineos, concretamente por el paso de la Junquera a principios del año 1799. Siguió el litoral catalán y levantino hasta Valencia y después ascendió a los llanos de Almansa, precisamente en donde la Meseta se acerca más al Mediterráneo, entre las últimas estribaciones del sistema Ibérico y las montañas Béticas, desde allí por Quintanar de la Orden, Ocaña y Aranjuez, alcanzó Madrid. Lo verdaderamente importante de este viaje es que Humboldt lo hizo barómetro en mano, no sólo observando la petrografía y geología del terreno, sino haciendo a lo largo de su camino, y a derecha e izquierda, mediciones barométricas de altura, hallando como resultado que al final de su ascensión se encontraba en una llanura alta, es decir, una meseta o altiplanicie, precisamente en Albacete, topónimo árabe cuyo significado es el de «el llano». El descubrimiento de Humboldt aparece en una comunicación que, con vistas a ser publicada en la revista *Hertha*, envió al geógrafo Berghaus en 1822. En la revista apareció, efectivamente, con el título «über die Gestalt und das klima des Hochlandes in der Iberischen Halbinsel». Es cierto que lo publicado en *Hertha* no es exactamente lo que Humboldt envió, pues, como ha demostrado el gran estudioso de la obra de Humboldt, Hanno Beck, el texto original fue reducido para no repetir lo que unos meses antes había escrito Eschwege relativo a sus mediciones altimétricas hechas en Portugal. «De todos modos, lo publicado en *Hertha* –dice Amando Melón– basta para conocer la aportación de Humboldt a la geografía de España y para conocer la ruta en detalle que siguió en nuestro país. En su integridad el texto enviado por Humboldt a Berghaus se publica en 1863, en la correspondencia cruzada entre ambos en los años de 1825 a 1858». En la traducción francesa del texto de Humboldt, publicada por Laborde en su *Itineraire descriptive de l'Espagne...* en 1808, se dice que «L'intérieur de l'Espagne est un plateau, et parmi les plateaux de l'Europe qui occupent une grande étendue de terrain, c'est le plus élevé».



Pero, como en su documentado estudio sobre el concepto de meseta española y su descubrimiento ha demostrado Luis Solé Sabarís, debido en gran parte a la carencia de mapas geológicos y topográficos de la Península, el concepto de meseta no adquiere carta de naturaleza entre nosotros hasta ya mediado el siglo XIX y la palabra *meseta*, cuando se emplea, se hace como sinónimo de *mesa*, y referido a pequeñas unidades, todo lo más comarcales, y no a la gran Meseta central española.

En consecuencia, reconocido el valor que la meseta tiene como gran unidad del relieve peninsular, más tardía como hemos dicho fue su nominación. Esta va apareciendo entre los geólogos y geógrafos españoles en la segunda mitad del siglo XIX y mejor aún en el último tercio de éste. Concretamente, en la obra del gran geólogo gaditano Macpherson, en una serie de estudios que empiezan en 1873 y culminan en 1901 con la publicación de su *Ensayo histórico evolutivo de la Península Ibérica*, en los cuales ya aparece la noción de Meseta Central. A la formación de este concepto contribuyó de otra parte el geógrafo francés E. Reclus en su *Nouvelle Géographie Universelle*, cuya primera edición apareció en París en 1876. Sobre estas bases, geólogos y geógrafos españoles trabajaron hasta que ya en nuestro siglo Eduardo Hernández Pacheco y Juan Dantín Cereceda, en sus escritos y mapas a ellos adjuntos, dejaron definitivamente establecido el concepto de la Meseta como unidad fundamental del solar Ibérico.

Tardía también, y como prueba de que la palabra *meseta* se empleó en un principio como diminutivo de *mesa* para unidades menores de relieve, fue la introducción de la palabra por los españoles en América. Ya hemos citado el testimonio de Cieza de León. En América se introdujo la palabra *mesa*, con la significación que ya hemos dicho; y para los Andes, en la parte septentrional de estos, aproximadamente en los llamados Andes húmedos hasta el Ecuador, la palabra que se aplicó y aún perdura para nombrar las altas mesetas andinas es la de *páramo*, mientras que en los Andes meridionales perduró y aún perdura la voz quechua *puna*, e incluso la de *pampa*, hasta el punto de que se podría afirmar que,



en términos aproximados, esta nominación coincide con los límites del antiguo Imperio de los Incas.

Por lo que respecta a la palabra *páramo*, que acabamos de nombrar, desde Sebastián de Covarrubias aparece definida como campo desierto, raso y descubierto a todos los vientos, definición recogida en el Diccionario de Autoridades. Pero como este tipo de campo es propio de tierras altas y frías, antes de que la palabra *meseta* se afirmara, comparte alternativamente su uso con ésta en el sentido de tierra alta y llana. Solamente cuando ya en nuestro siglo se afirma el carácter de gran unidad morfológica de la meseta, la palabra páramo se reduce a designar accidentes o divisiones puramente comarcales. Para Hernández Pacheco, dentro de la meseta, la palabra páramo es reservada para las tablas calcáreas que recubren lo que fue la superficie original de aquella y que la erosión posterior, como en la Alcarria, ha respetado al cavar los valles que la disecan. Pero las palabras *páramo* y *paramera* no se limitan geológicamente a las altas superficies de la era terciaria, sino que, como en los páramos de Soria y en la paramera de Ávila, se extienden a su reborde montañoso aplanado sobre materiales de eras geológicas anteriores, e incluso alcanzan al granito precámbrico.

En conclusión: la meseta, descubierta como accidente geográfico por Humboldt, no es conocida con este nombre hasta los últimos decenios del siglo XIX y su generalización es de tiempos más recientes. Por todo lo cual E. Hernández Pacheco, encontró más acertado para traducir la denominación dada a este accidente por Humboldt, es decir, la de *Hochebene* o de *Hochland*, la de altiplanicie, que él empleó con preferencia en sus escritos.

Viniendo ahora a la introducción del concepto y la palabra en nuestra literatura, el primer texto que en lo relativo al concepto encontramos en ella es uno de Quevedo, cuando al contemplar, suponemos que desde las cumbres, o mejor los puertos, lo que hoy llamamos Sistema Central, partidur de las dos mitades en que se



1904 - 1984

subdivide la Meseta, en la *Epístola satírica y censoria contra las costumbres de los castellanos*, dirigida en 1625 al Conde-Duque de Olivares, en un terceto dice:

Ya sumergirse miro mis mejillas,  
la vista por dos urnas derramada  
sobre las aras de las dos Castillas.

Pero como naturalmente se puede suponer, es entre los escritores llamados de la generación del 98, a los que legítimamente se puede considerar como descubridores del paisaje castellano, entre quienes encontramos difundido y vulgarizado el concepto y nominación de la meseta, especialmente en las obras de Azorín y Unamuno. Azorín, viniendo del mar y de las serranías levantinas, descubrió su vocación por el paisaje en las planicies de la Mancha. En la llanura se encontró emocional y estéticamente, y hasta en Madrid se deleita lo mismo que en Toledo al contemplar en sus alrededores los «campos pelados, amarillentos, cubiertos de rastros, abierta la tierra por el arado, despedazada en enormes terrones, desnuda de árboles» o en Toledo los «cuadros de verdes sembraduras», «extensos términos de negruzcos barbechos», y la llanura que se pierde, «adusta, desoladora, en el horizonte entre la bruma». La preferencia sentida por la llanura queda expresada por la riqueza pictórica de los epítetos que emplea para nombrarla: infinita, inmensa, pelada, amarillenta, adusta, desolada, parda, uniforme, sombría, solitaria, inmutable, intensa, monótona, interminable, sedienta, inacabable, gris, desmesurada, espléndida, bermeja, gualda, y hasta desesperante y alucinante por su severa luminosidad, por su grandiosidad cobriza, y también melancólica y triste, en lo cual coincide con Machado cuando, al hablar de las tierras de Soria, dice que «son tan tristes que tienen alma». Como oasis, y solamente como oasis, dentro de la llanura aparecen la campiña «riente, dulce, voluptuosa, apacible» y las «colinas finas, olorosas claras, radiantes». Las montañas sólo figuran en la obra de Azorín en un lugar marginal, cerrando en la lejanía el horizonte de la llanura, como una «pincelada azul», una «línea azul» o en la figura de «lomas azules», o de una «pincelada larga de un azul claro, tenue,



1904 - 1984

suave». «Un telón azul». Sólo las sierras bajas y cercanas merecen su atención y se le aparecen como «montes austeros», «quebras aceradas y abruptas», «cumbres peladas enhiestas», «sierras agrias y dentelladas», con agudos picachos, empinados espolones y abruptos flancos acantilados».

También Unamuno gozó de la llanura castellana y en ella se encontró; pero la sensibilidad de Unamuno y sus amores abarcaron a todas las tierras y formas del paisaje español y en las cumbres de Gredos encontró algunos de los más hermosos rincones de su alma. Pues, como él dijo, «pocos países habrá en Europa en que se puede gozar de una mayor variedad de paisajes que en España: costas mansas y costas bravas de rocosos acantilados, vegas y llanuras, páramos desiertos, montañas verdes, y sierras bravas..., de todo, en fin». Parece, a veces, que sus preferencias son solicitadas por la montaña y sin duda algunos de sus mayores gozos fueron los experimentados en las faldas y cumbres de las sierras de Gredos, «espinazo de Castilla», en donde dice haber acampado dos noches a dos mil quinientos metros de altura, sobre la tierra y bajo el cielo, y haber trepado «el monte de piedras que sustenta al risco Almanzor», para contemplar el imponente espectáculo del anfiteatro que ciñe la Laguna Grande. Muchos fueron, sin duda, los gozos que ofrecieron a Unamuno las montañas de su tierra natal y las de Castilla y él supo expresar el sentimiento experimentado, pues, como recuerda con frases de Obermann, «jamás se podrá expresar el sentimiento de la montaña en una lengua hecha por hombres de las llanuras». Pero Unamuno, nacido y criado hasta sus 27 años, como él mismo nos cuenta, en el País Vasco y junto al mar, vino después a Salamanca, «esta ciudad interior de la meseta» y a la vista de las sierras del Sistema Central, y de otro tipo de roquedo, al cual, como a sus canchales, rinde también tributo admirado por su «recia primitividad». Y acaba por rendirse al encanto de la meseta castellana cuando, ya en 1909, escribe: «Hermosa, hermosísima, sublime, la montaña; pero dígame amigo, y la llanada, ¿no es toda ella cima? ¿No ascendemos también desde ella a los espacios infinitos? Esta meseta de Castilla es toda ella cima». Y a continuación cita unos versos suyos, los siguientes:



«Es todo cima tu extensión redonda,  
y en tí me siento al cielo levantado;  
aire de cumbre es el que se respira,  
aquí, en tus páramos».

Sin pretender agotar esta proyección literaria del concepto y nombre de la meseta, solamente recordemos que uno de los mayores escritores de la generación considerada, Pío Baroja, habla de la «meseta aragonesa», y dice que desciende al Mediterráneo, con lo cual extiende el concepto de meseta a lo que hoy se llama depresión del Ebro. Pero, posteriormente, percibe y expresa el contraste existente entre las tierras altas del interior de España y las tierras bajas, o más bajas, de su periferia. «El Maestrazgo, escribe en 1930, en las *Memorias de un hombre de acción*, se halla en el límite de las dos influencias, la de la meseta y la del mar, la castellana y la valenciana. Mirambel se encuentra en la frontera de esta zona, en la parte castellana, y Morella, en la valenciana».

Guillermo Díaz Plaja, que, con su fina sensibilidad para el sentimiento literario del paisaje, ha escrutado su expresión en la literatura española, lo ha hecho también en la literatura mejicana, y a este propósito nos cita una página de la *Visión de Anáhuac*, de Alfonso Reyes, en la que recuerda a los europeos que la naturaleza americana, y concretamente la de Méjico, tiene dos aspectos muy diferentes, que existe «una Castilla americana» y que la visión más propia de la naturaleza mejicana está, precisamente, en las regiones de «la Altiplanicie Central» razonamiento que Díaz Plaja refuerza con textos de otros autores mejicanos.

Las formas menores lo son unas veces de las montañas, en la manera de detalles de las mismas, como dientes, picos y otras culminaciones, o formas de valle y depósitos acumulados al pie de ellas. Pero también hay formas menores exentas, como los cerros y montes que de ellas parecen desprendidos y con las que se halla en relación, incluso a tanta distancia de ellas que ésta no se hace aparente como tal.



En su nominación es muy frecuente que la idea inspiradora en la terminología popular se guíe por su analogía con formas y miembros del organismo humano o animal, sin que para ello sea necesario recurrir, como han hecho algunos autores, a la inspiración de la filosofía de la antigüedad y concretamente al postulado estoico de la analogía del microcosmos y el macrocosmos, que asimila la tierra a un cuerpo viviente. Estas analogías nacen espontáneamente en la mentalidad popular. Son las de garganta, cabeza, teta, muela, colmillo, diente y otras muchas.

Difícil resulta encontrar un límite altitudinal a partir del cual una colina es cerro, o monte. A este propósito Vidal de la Blache recuerda que «la riqueza del vocabulario mediterráneo para la designación de las colinas se explica por el hecho de que, por término medio, en los contornos del Mediterráneo, la zona de altitud preferida por el poblamiento se sitúa entre 200 y 400 metros».

Por todo lo cual las formas menores, las más accesibles al hombre, las más humanizables y humanizadas, son precisamente las más difíciles de definir y clasificar. Su catalogación incluye tantos matices diferenciales, debidos a su altitud, constitución geológica y relación con el paisaje del que forman parte, comarcal o regional, que nos llevaría demasiado lejos, aunque el tema de su nominación queda aquí indicado.

Entre estas formas, en el lenguaje no popular, sino de la geografía científica, figuran los de *cerro testigo* y *monte isla*. El primero, de forma tronco-cónica o de artesa volcada, es efectivamente testigo del nivel alcanzado por los sedimentos de una superficie llana y alta, posterior mente excavada por la erosión. Es fenómeno frecuente en la meseta, aislado de los páramos de los cuales formó parte o en sus márgenes. Los montes islas (al. *inselberge*), son también formas de relieve residual, pero labrados en roca dura, en los bordes o proximidad de una montaña por la erosión propia de determinados períodos de la era terciaria semejante a la que actualmente actúa en los países tropicales y la que en tierras brasileñas ha esculpido los *panes de azúcar*.



La presencia de estas formas menores de relieve residual, atestigua y comprueba la existencia de un proceso transformador e incluso destructor de las formas de relieve: el de la erosión. Lenta, lentísima, la acción erosiva de las aguas, del hielo, del viento, e incluso la del hombre, no solamente en grandes obras de ingeniería, sino en acciones sencillas de su vida diaria, colaboran en el trabajo de transformación del relieve terrestre, en la creación de nuevas formas o en su destrucción, contando con tiempo, cuya duración se mide no ya por siglos, sino por milenios.

Y esto nos lleva, por último, a hacer mención aquí de un término que debería pasar del vocabulario técnico geográfico a la lengua culta del hombre medio. Se trata de la palabra *penillanura*.

En el siglo X Gonzalo de Berceo, en su libro *Los Signos que aparecerán antes del Juicio*, basado en el libro de Isaías, escribe los siguientes alejandrinos:

En el noveno día vernán otros porteros,  
aplanarse han las sierras e todos los oteros;  
serán de los collados los valles los valles conpanneros.  
Todos serán iguales carreras e senderos.

Berceo tiene aquí la visión de un final de la tierra en el que todo su relieve queda allanado y su superficie monda y lisa como una bola de billar. Esta idea, la de la eficacia de la erosión, actuando en enormes magnitudes de tiempo, viene desde antiguo pesando en el pensamiento del hombre que observa el relieve y su lenta destrucción por las fuerzas erosivas. Así Leonardo de Vinci pensó que todo el valle del Po y los de sus afluentes habían sido modelados por la erosión.

Siglos después un geógrafo americano, W. M. Davis, idea la teoría de los ciclos de erosión; la historia de un macizo que surge de las aguas, que sometido al efecto de la erosión subaérea pasa por una fase de juventud, otra de madurez y una final de



senilidad, en la que el relieve prácticamente desaparece, de donde el nombre de penillanura, aplicado a este tipo de relieve.

El esquema ideado por Davis es lo que en la terminología científica actual se califica como un modelo, y como tal, difícil de verificar su realización, sometido a críticas desde muchos puntos de vista, objeto de polémica, pero que ha puesto en la pista a posteriores investigaciones y experiencias de las ciencias de la tierra.

La verdad es siempre evasiva y el hombre de ciencia, moviéndose con el apoyo de hipótesis y contrahipótesis, es un cazador de la verdad, un «venator sapientiae», podríamos decir inspirándonos en el sugestivo título de un tratado de Nicolás de Cusa.